

Hispanismo y crítica hispánica al sur. Sobre periferias, centros y des-centramientos

por *Raquel Macciuci*
(*Universidad Nacional de La Plata*)

RESUMEN

En esta ponencia el tema del VI Congreso Internacional Orbis Tertius, “Las tradiciones críticas” se pone en relación con el ámbito del hispanismo. Para responder a la cuestión en primer lugar se establecen los alcances del término en el medio académico argentino y latinoamericano. Seguidamente, se abordan una serie de reflexiones sobre el estatuto y los problemas de la literatura española en la carrera de Letras de las universidades nacionales. Una vez descrito su rango y sus circunstancias específicas, se intenta perfilar los rasgos distintivos de la propia discursividad, los cuales, alimentados por el intercambio y el cruce con las líneas críticas más enraizadas en nuestro medio, se presentan diferentes de los irradiados desde España y Estados Unidos, los dos polos hegemónicos del hispanismo. Por último, el razonamiento se enlaza con los debates en torno al canon y al concepto literatura.

Palabras clave: hispanismo – Argentina – España – Estados Unidos – estudios culturales

In this paper the topic of the VI International Congress Orbis Tertius, “The critical traditions” it puts in relation with the area of the Hispanism. The scopes of the term are established in the Argentine and Latin-American academy. Then a series of reflections are approached on the statute and the problems of the Spanish literature in the career of Letters of the national universities. Once described its range and its specific circumstances, tried to delineate the distinctive features of the own discourse, which, fed by the interchange and the crossing with the critical lines most taken root in our way, appear different of the radiated ones from Spain and the United States, both hegemonic poles of the Hispanism. Finally, the reasoning is connected with the debates concerning around the canon and the concept literature.

Keywords: hispanicism – Argentina – Spain – United States – cultural studies – literature

0. El tema “Las tradiciones críticas” que se debate en este congreso abre un sinfín de posibilidades para una literatura como la española, cuyo patrimonio escrito cuenta con alrededor de mil años y se ramifica en innumerables cauces. Sin embargo, sea por la fuerza que han tomado los debates metadisciplinarios en las letras latinoamericanas en el marco del posmodernismo-poscolonialismo, sea porque después de andar el camino de una especialización en forma sostenida y razonable, llega un momento en que el especialista se interroga sobre las señas de identidad del propio quehacer, lo cierto es que me decidí por repasar las coordenadas del hispanismo en Argentina teniendo en cuenta las circunstancias comunes a cátedras y colegas de la especialidad y la propia andadura, personal e intransferible, en un espacio universitario específico.

La ocasión entonces me pareció propicia para retomar una serie de reflexiones ya iniciadas ¹ sobre el estatuto y el perfil de la literatura española, que encuentro marcada por una otredad que se manifiesta fundamentalmente en dos frentes, en el del hispanismo internacional y en el de la academia latinoamericana y argentina. En este segundo contexto, la natural preeminencia de la producción del nuevo continente en nuestras carreras de Letras, donde ha ocupado el foco de mayor magnetismo, en estrecha concurrencia con la aparición de las literaturas nacionales y los procesos de consolidación del campo intelectual, ha contribuido a delinear la situación actual.

1. El hispanismo como tema y como problema se fue instalando en el centro de mi interés a la par de otros objetos de estudio. Cabe recordar que el concepto tiene diferente alcance según se enmarque en el gran mosaico universitario internacional o en el latinoamericano y argentino, donde debe entenderse en el sentido restringido de literatura española y la crítica que se ocupa de ella. En una escala de mayor a menor, en el presente trabajo se señalarán las circunstancias que identifican este hispanismo frente al que se cultiva en otros centros, especialmente de España y Estados Unidos. A su vez se irán desgranando los

¹ Este trabajo condensa y revisa algunas de las reflexiones desarrollados en Macciuci (2006b).

factores que alimentan un perfil propio, no desvinculado de los avatares de la investigación literaria en nuestro medio académico. Se verá por fin que la cuestión deja de ser la literatura española para convertirse en la literatura, sin más especificación, adentrándose el razonamiento en otro de los puntos calientes de la agenda crítica actual.

2. El hispanismo del nuevo continente, y de forma particular, el de nuestro país, se encuentra distante física y simbólicamente de la antigua metrópolis, investida del prestigio de “dueña de casa” y de la autoridad que conlleva ser depositaria de una caudalosa tradición. Igualmente lejos nos hallamos de los Estados Unidos, la nueva capital que hoy disputa a España la hegemonía de los estudios hispánicos y a América Latina la del latinoamericanismo. Paradójicamente, la doble lejanía no es óbice para que ambos polos ejerzan una decisiva influencia, ya que en uno y otro centro se origina la producción intelectual de mayor presencia y posibilidades de (difícil) circulación en nuestro medio.²

La consecuencia más visible de esta cartografía queda manifiesta en las habituales controversias en torno a la literatura española y sus discursos críticos, en las cuales no tienen peso los centros de hispanistas de Latinoamérica en general y de Argentina en particular. El intercambio tiene lugar entre los dos colosos; el prestigio de algunas instituciones y nombres señeros de la hispanística del sur no es suficiente para constituir hoy un foco que no quede ensombrecido por la de las pujantes academias citadas. Prueba de ello es que la mayor parte de los trabajos que disertan sobre el hispanismo se focalizan en debates mantenidos entre la academia española y norteamericana; en contadas ocasiones hacen referencia también a determinados países del resto de Europa.

3. Además de ocupar un lugar periférico en las discusiones de los hispanismos hegemónicos, los hispanistas argentinos permanecemos ajenos a la polémica de orden teórico entre el latinoamericanismo estadounidense y el de la América hispana: dicho de una manera esquemática, no participamos del debate sobre las diferentes formas de entender las relaciones literatura-sociedad por la crítica literaria y poco nos afecta la radicalización de esta controversia a partir de los llamados “estudios culturales”, línea de trabajo escasamente desarrollada en la península.³ Esta circunstancia a mi juicio se conecta con la baja presencia de pensadores españoles en la historiografía sobre los debates acerca de la identidad y la literatura latinoamericanas en que se embarcaron los intelectuales más aventajados del nuevo continente desde el siglo XIX, genealogía que va desde Bello a Ángel Rama y Octavio Paz, pasando por Alfonso Reyes, Rodó y Mariátegui, por citar nombres casi al azar desde mi mirada no especializada.

No obstante, pese al estigma del “imperio”, hubo intentos desde la península de replantear las relaciones hispanoamericanas después de la independencia que merecerían revisarse en sus justos términos y en el actual tablero internacional. Aunque la preocupación latinoamericanista española sea “peculiar” y “muy errática” (Álvarez 2002) sería enriquecedor superar los recelos coloniales y los paternalismos postimperiales que prosperaron en cada orilla después de la independencia para volver al pensamiento de Unamuno, Blasco Ibáñez, Ortega, de Torre, Castro, Max Aub, Abellán...⁴ La relación de dominado y dominador quizás no sea suficiente para explicar una deserción –¿o exclusión?– que se reitera en el presente, cuando los debates en la *episteme* posmoderna han vuelto a los claustros, retomando el legado de los letrados fundadores. Hoy por hoy no es fácil entender por qué los nombres de Mignolo, Moraña, García Canclini... rara vez se cruzan con el pensamiento de la otra orilla, aunque se trate de heterodoxos extrañados difícilmente encuadrables como Eduardo Subirats, quien desde hace tiempo piensa la idea de América.

4. Otro de los motivos de esta imagen “otra” de la literatura se encuentra en que gran parte de la crítica hispanista producida en Latinoamérica no pudo desmarcarse de una tradición peninsular que sufrió

² Las barreras económicas se constituyen en un factor en la configuración del mapa. El quehacer de los hispanistas latinoamericanos se ve dificultado especialmente por la carestía de la bibliografía esencial y por los obstáculos materiales para participar en encuentros científicos internacionales.

³ En este escenario debería investigarse el papel que actualmente juegan en España los recién creados estudios de Humanidades.

⁴ En este congreso la ponencia del español Facundo Tomás (2007) se ocupa del mapa cultural y político hispanoamericano en el contexto de Europa occidental, desde una perspectiva que plantea espinosos pero muy actuales puntos para el debate, diferentes a los planteados por la agenda latinoamericanista.

de obsolescencia manifiesta durante casi toda la mitad del siglo pasado. Aunque naturalmente estaba lejos de ser un panorama homogéneo, desde los años cuarenta dominó en las facultades españolas un esclerosado método filológico y neopositivista. Luis Beltrán Almería, profesor de la Universidad de Zaragoza, sostenía en (1995: 44) que la secuela de “un estilo de reflexión torpe y autoritario” propio de la dictadura franquista tuvo largas secuelas en los centros de altos estudios una vez reinstaurada la democracia. Aun cuando el tiempo transcurrido haya minado la resistencia a los nuevos paradigmas críticos, el abordaje de las relaciones de las obras con los diversos contextos en que se enmarca no ha sido predominante, aunque con el tiempo ha logrado superar la tradición adversa; el nombre de José Carlos Mainer es emblemático para representar una línea de trabajo con prestigio ascendente.

Para evitar caer en simplificaciones temerarias, a la hora de analizar el estado de la cuestión en el 2007 es preciso indagar en dos direcciones: primeramente, si pasados treinta años del final del franquismo, a pesar de desarrollo de líneas críticas saludablemente diversificadas y de comprobada calidad, los viejos mentores del neopositivismo no siguen proyectando su sombra alargada. En segundo lugar, a treinta años del comienzo de otra dictadura, la última y más terrible que soportara Argentina, cabe preguntar(nos) hasta dónde nuestra percepción del hispanismo continúa influida por tópicos construidos en medio de la virulencia de la emancipación política y cultural de las naciones americanas, e (in)fundada en un gran desconocimiento de la producción crítica española reciente.⁵ En Estados Unidos, desde el marco de los estudios culturales, el recelo hacia la antigua metrópolis colonial es categórico y se interpone en la construcción de un objeto de investigación que incluya a la literatura peninsular. Andrés Zamora, profesor en Pittsburgh, ha constatado personalmente el interdicto: “desde el punto de vista latinoamericano la consideración de España, antiguo poder imperial, como asunto de estudios culturales parecería una teratología metodológica” (Zamora, 2000: 476). A título de hipótesis, se podría aventurar que los denominados estudios transatlánticos, con sede en la Universidad de Brown, buscan acercar las dos riberas abriendo un diálogo programático entre el viejo y el nuevo mundo hispano, introduciendo un sesgo diferente en la constelación de las perspectivas culturales.

A menudo, se consideran los estudios transatlánticos como un área donde cabe todo, sin faltar los estudios que se autodenominan transatlánticos pero que continúan una práctica crítica basada en concepciones trasnochadas de influencias y jerarquías. Hay voces en el campo que consideran que los estudios transatlánticos son una manera de apartarse de las características más europeas de la literatura peninsular para supeditarla a un latino-americanismo predominante en las universidades norteamericanas. Se oye también lo contrario: que los estudios transatlánticos no son más que una arremetida del viejo peninsularismo para recuperar cierta hegemonía en los departamentos de español (Fernández de Alba y Pérez del Solar, 2006:99).

5. El estatuto de la literatura española en la universidad argentina se vio modificado por la reducción horaria y curricular en los nuevos programas de la carrera de Letras en beneficio de las asignaturas teóricas. La medida respondió a una tendencia general que ha afectado a ámbitos académicos muy alejados entre sí. Véase la siguiente observación de Joan Oleza, que podría haber sido recogida en nuestro país en los años ochenta.

Hubo también un factor institucional importante, pues las transformaciones de la teoría siempre se amalgaman y entrecruzan con las prácticas institucionales y su gestión social. En España, la Teoría literaria, que en los 60 y 70, había sido competencia compartida en muchos de los departamentos de Literatura española, pasó a emanciparse en un área de conocimiento específica y, en bastantes casos, a requerir departamentos independientes. El principio de división del trabajo, las ansias de crecer y los intereses particulares nos jugaron en conjunto un mala pasada, pues el resultado fue el de unos departamentos de historia literaria desvinculados de la teoría y otros de teoría desvinculados de la historia (Oleza, 2001:4).

En Estados Unidos el fenómeno adquirió, a veces, proporciones inusitadas, tal como se desprende del

⁵ Remito para uno y otro interrogante a los artículos sobre el tema de Beltrán Almería (1995), Loureiro (1995), Fernández Cifuentes (1995), Schwartz (2002), de Diego (2004), Romanos (2004), Pastormerlo (2006), Macciuci (2006b).

autorizado comentario de Edward Said:

La semana pasada, una estudiante –que está en su primer año en el programa del doctorado, me dijo que en un seminario sólo había leído una novela. El resto del tiempo lo pasó leyendo a Foucault, a Lacan y a Judith Butler. (...) Yo pongo mucho énfasis en la lectura atenta y concienzuda porque la cosa se ha escapado en la otra dirección (Bou, 1993: 15).

No se trata de romper lanzas por el *Ancien Régime* de las carreras de Letras en Argentina; sí señalar que la “mala pasada” de “unos departamentos de historia literaria desvinculados de la teoría” fue más lesiva para un área que al tiempo que adolecía de una actualización teórica aceptable sufrió mermas de sus asignaturas y en ocasiones, debió adaptarse a una organización de los períodos literarios que vulnera la división en Edad Media, Siglos de Oro y Edad moderna y contemporánea, con sus campos diferenciados y saberes propios.⁶

6. Existe un motivo más estructural y arraigado de la otredad de lo hispano, correlato de la condición del lugar limítrofe ocupado por España durante siglos. El estatuto ambiguo de la literatura española en el concierto de disciplinas de la carrera de letras alimenta la ajenidad: literatura en lengua castellana pero inscrita en el viejo continente; familiar y cercana pero distante de muchos de los problemas que preocupan a las sociedades argentinas y latinoamericanas. Comparte con Hispanoamérica una lengua común pero también una historia de enfrentamientos coloniales. Paralelamente, los espacios geográficos acentúan la diferencia y la distancia. En el opuesto escenario del viejo continente, la literatura española es literatura europea pero sin las suficientes credenciales como para ser incorporada al canon de la Europa hegemónica; su ¿anterior? condición periférica y las compartimentaciones académicas la sitúan en una zona de frontera, ni lejos ni cerca, entre dos aguas.

Ocuparse de literatura española moderna y contemporánea en los años del retorno de Argentina a la democracia imponía la dificultad de afrontar una disciplina desprestigiada por la falta de actualización teórico-crítica o por su desvinculación del tiempo histórico –o por ambas razones a la vez (de Diego, 2005; Romanos, 2005). La medianía causaría tal vez mayor perplejidad por el contraste con la imagen positiva que la transición política española despertaba en un país que aspiraba a recorrer un camino similar. En ocasiones la imagen anquilosada de estas cátedras estaba acompañada por la sospecha de conservadurismo ideológico, enmascarado o no en lo que ha sido llamado “actitudes tecnocráticas” (Trigo, 2005: 114).⁷

No debe extrañar que esta experiencia tenga puntos en común con la de algunos colegas insertos en la academia estadounidense, aunque con mucha frecuencia –conviene tenerlo en cuenta en este tipo de análisis– provengan de otros países, en donde iniciaron su formación intelectual. Desde Illinois, Luisa Elena Delgado, afincada en USA pero con raíces españolas y latinoamericanas, apunta en la misma dirección que el uruguayo migrado en Ohio:

La incertidumbre y el cuestionamiento que puedan percibirse actualmente en el seno del hispanismo no deberían considerarse, pues, como síntomas o signos de un proceso de alteración, sino, por el contrario, como componentes intrínsecos de su configuración como discurso intelectual. Desde ese punto de vista, el verdadero peligro para el hispanismo consistiría por tanto en la tendencia contraria, denunciada hace ya muchos años por Américo Castro: el discurso ensimismado de lo ya sabido, el perpetuo solipsismo. Una de las maneras de prevenir tal ensimismamiento es, para empezar, abandonar la pretensión de neutralidad y ausencia de

⁶ Quizás por su gran extensión temporal, la literatura española mantiene zonas de especialidad muy acotadas, a pesar de las confluencias disciplinarias. Basta mirar las publicaciones o los contenidos de las asignaturas para comprobar que domina la segmentación tripartita. Todas las épocas se reúnen (juntas pero no revueltas) en los congresos de hispanistas pero rara vez un siglororista asiste a un encuentro de “contemporánea”, un medievalista a uno del Siglo de Oro, etc. Los expertos en más de un período constituyen raras y notorias excepciones.

⁷ La apreciación, perteneciente a Hernán Vidal, identifica una práctica crítica parapetada en la asepsia y el profesionalismo. Sin embargo es oportuno advertir aquí, siguiendo a Javier Lasarte Valcárcel (2006), que la división en dos bandos de críticos trazada con línea gruesa por un sector del latinoamericanismo constituye una desafortunada simplificación de la tradición intelectual latinoamericana

posicionalidad específica que caracteriza a menudo los debates intelectuales (Delgado, 2004:10).

Y el ya mencionado profesor español en Pittsburgh refiere una anécdota bien ilustrativa: “Recientemente un estudiante graduado de literatura hispánica me aseguraba que yo estaba equivocado, que no era posible que determinada persona, dedicada a los siglos XIX y XX peninsulares, hubiera entrado en semejante departamento” (Zamora, 2002: 475).⁸

Desmontar en la universidad argentina los supuestos sobre el carácter envejecido de la literatura española fue trabajoso y sólo los más optimistas pueden considerarlo definitivamente logrado. Por otra parte, la recuperación de una disciplina que ofreciera una visión rigurosa y dinámica se fue realizando de forma discontinua en las universidades argentinas –como ocurrió con otras cátedras y asignaturas.

De forma paulatina se fueron disipando las prevenciones al mismo tiempo que se construía una discursividad genuina, distanciada de la pesada carga del hispanismo neopositivista –aunque sin desentenderse de su más aquilatado acervo–, atenta a la acelerada renovación que finalmente tuvo lugar en los claustros españoles y sin perder el contacto con la crítica de nuestro país, siempre permeable a las nuevas corrientes internacionales.

Quizás hoy no sea temerario intentar describir los enclaves de la actual crítica hispánica en Argentina, aunque el intento se nutra de una importante dosis de expresión de deseos. Sin duda cometeré errores y omisiones pero no es mi meta descubrir paradigma alguno ni llegar a conclusiones categóricas, sino partir de mis observaciones para animar(me) a una práctica autorreflexiva que en otras áreas es frecuente y saludable. El identikit del hispanismo –que con mayor o menor convicción se construye en nuestro ámbito– no responde a los lineamientos de los estudios culturales pero tampoco acata el hacer crítico peninsular más institucionalizado, aunque pueda tener características de ambas corrientes críticas. La discursividad, que según mi entender ha encontrado un sello propio, resulta de un recorrido histórico donde confluyen y se cruzan: corrientes teórico-críticas latinoamericanas y argentinas de acendrado prestigio; la herencia de un eminente hispanismo local⁹; la recepción de un penetrante razonamiento crítico español de nueva cepa aquilatado por su ingente legado cultural de más de diez siglos; el constante trasiego con voces críticas de otros centros académicos de prestigio, repartido entre los hispanismos latinoamericanos y los del resto de Europa, cada uno con sus propios perfiles; la idiosincracia de la cultura del nuevo continente, señalada por la hibridez y la juventud, que la hace más proclive al intercambio con otras disciplinas y a la revisión del corpus de textos establecidos y de las lecturas críticas heredadas; el seguimiento de encendidas polémicas sobre la crítica hispánica entre los centros hegemónicos pero sin tener ni voz ni voto en ellas.

Resultado de los entrecruzamientos expuestos resulta(ría) un discurso ni unívoco ni homogéneo, que busca entender los textos a la luz de las circunstancias de producción e integrarlos en el complejo universo de los subsistemas sociales, sin temor ni renuencia a emitir juicios. Sería reconfortante que tales condiciones de felicidad estuvieran dadas para que nuestro hispanismo no sea asociado con el que Eduardo Subirats condena debido a su actitud refractaria “a formular conceptos, analizar contextos, a establecer criterios diferenciales” (Riera, 1994: 20-21).¹⁰

7. La preocupación por la literatura entendida como interacción con otras artes y expresiones culturales y el triunfo de una nueva percepción de las llamadas alta y baja han derivado, como se sabe, en un desdibujamiento de las fronteras de lo específico literario. Desde algunas perspectivas, inclusive se

⁸ La obvia referencia al Departamento de *Cultural Studies* exige realizar una justa mención a los esfuerzos pioneros de Jo Labanyi para desarticular la pretendida “incompatibilidad” de esta línea de investigación con la literatura española.

⁹ Con modalidad diversa y desde espacios diferentes, en el hispanismo argentino sobresalen en los últimos años las trayectorias de Emilia de Zuleta, Ana María Barrenechea y Hugo Cowes, continuadores de un hispanismo que comienza a tomar perfil propio en el Centenario y académicamente sienta sus bases con la creación del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, entre cuyos directores destacan Américo Castro, Alonso Zamora Vicente, y en particular, Amado Alonso (de Diego, 2001 y Zuleta, 2003). El medievalismo cuenta con la figura de Germán Orduna, inspirador del SECRIT. La creación de la Asociación Argentina de Hispanistas en 1986 contribuyó al fortalecimiento del área.

¹⁰ Se podrá objetar que la crítica concebida como un ejercicio para acercar los textos al presente y a las distintas esferas de lo social tiene un desarrollo de excelencia en algunos centros de España, pero se corresponde con una forma de entender la literatura de más honda y pareja continuidad en Argentina y Latinoamérica.

reniega de la literatura en tanto encarnación de la mirada autocomplaciente de las culturas dominantes. Es notorio y hartamente comentado que los departamentos dedicados a los estudios culturales en los Estados Unidos cuestionan el objeto clásico de las carreras de letras por su carácter etnocéntrico y elitista, mientras la academia española no experimenta estos conflictos de forma radical, limitándose en ocasiones a expandir el campo de estudio sin declarar hostilidades ni socavar sus piedras sillares.

No es puro azar por tanto que en las pocas ocasiones en que los estudios culturales se adentran en la literatura española, se verifiquen puntos de encuentro con las prácticas críticas menos sometidas al canon, propias de la tradición latinoamericana. Pero la forma más audaz de configurar el corpus e, incluso, de aproximarse a los textos, no es índice de un hacer crítico equivalente en las dos Américas. Si bien son estimulantes las lecturas que desde la mirada ajena del norte anglosajón introducen un perspectivismo, una visión atrevida y nueva del objeto “cultura española”, es preciso volver a insistir en que la distancia – simbólica y temporal– y la mirada-otra de la antigua América española devino tempranamente en una crítica con linaje propio, de raíces más antiguas que la inaugurada en los Estados Unidos. A pesar de que el fenómeno, como queda dicho, concernió particularmente al pensamiento latinoamericano, proyecta su sombra beneficiosa sobre el hispanismo de las nuevas naciones.

8. No es propósito de este estudio describir las alternativas de la querrela que hizo temblar los claustros estadounidenses.¹¹ Sólo me interesa detenerme en dos cuestiones que sobresalen en la agenda abierta por los estudios culturales: la naturaleza y viabilidad de la intervención política desde la crítica cultural y la ya mencionada controversia sobre el estatuto de la literatura unida al cuestionamiento de un canon considerado agente de los valores del etnocentrismo.

Ambas cuestiones se solapan: desde el punto de vista de los estudios culturales, la obra literaria “clásica” hoy es sospechosa de reproducir los discursos dominantes. No sólo ha perdido su exclusividad sino que ha sido desplazada por los textos que revelan la percepción del mundo de la subalternidad. La apertura del crítico a la multiplicidad del contexto cultural enriquece el conocimiento de otros sujetos sociales y conlleva una lectura con intención política explícita. No voy a internarme en el espinoso problema, sólo analizaré de qué modo la crítica hispánica se sitúa ante un contencioso que enlaza con viejos debates sobre la autonomía del arte y la misión del escritor.

El diferendo sobre la intervención del crítico en la liza política es difícil de extrapolar al hispanismo de la América Latina, porque intervenir en la realidad española desde nuestro continente es impensable, al menos en las circunstancias socioculturales actuales. No obstante, el problema está fuertemente anclado en nuestros debates intelectuales y alcanza a las distintas especialidades, con independencia de la mayor o menor implicación de la realidad cercana en sus contenidos disciplinarios.

Mucho se ha escrito sobre el compromiso del intelectual y la orientación ideológica de las escuelas críticas. En el contexto del siglo XXI, en que la pregunta sobre la praxis social está ausente de la agenda académica y el contexto histórico no alienta, como en los treinta o en los sesenta/setenta, la discusión sobre si debe o no el intelectual trasladar su pensamiento a una acción política concreta –si se piensa en el latinoamericanismo de los reservados *campus* norteamericanos, la discusión parecería aún más dis-locada. Es evidente entonces que el carácter vinculante entre la orientación hacia los estudios culturales y una mayor sensibilidad social y compromiso ideológico es hoy incierto. En sentido opuesto, nada certifica que la fidelidad a la perspectiva disciplinaria tradicional sea incompatible –como sí pareció serlo en otros tiempos– con una actitud moral y profesional comprometida con el siglo. Del mismo modo, esta orientación no supone que quien la sustenta sea un sabio ensimismado o reproductor de ideologías conservadoras, aunque ciertamente es “más difícil asumir una práctica teórica autónoma en quien se identifica a sí mismo como intelectual y participa activamente de conflictos sociales no literarios o no teóricos que en quien percibe muy lejos de sus propias experiencias toda forma de activismo social” (Oleza, 2001: 6).

Pese a que, es sabido desde hace tiempo, no existe la crítica neutral ni es inocente el encuadre epistemológico, y aunque rechazo la campana neumática que se crea a partir de una idea de literatura apta para albergar los espíritus cultivados, el devenir del siglo XXI –en tanto la historia no dé un improbable giro que reinstale el dilema entre pensamiento y acción, ideología y militancia– induce a pensar que el progresismo de la crítica seguirá siendo uno de los rostros del subsistema académico. Este alineamiento

¹¹ Entre los numerosos panoramas histórico-críticos, v. Oleza (2001), Caballero Wangüemert (2000), Schwartz (2002), Trigo (2005).

crítico-ideológico puede estar acompañado o no de una intervención pública, la cual no es incompatible con un docente de perfil tradicional. Asimismo, no debe perderse de vista que la perspectiva “social” de hoy fue la asepsia estructuralista de ayer y quizás de mañana.

Sin embargo, sea bienvenida la crítica “situada” que José Luis de Diego, en su carácter de presidente del VI congreso Orbis Tertius, describió en el acto de cierre como la tendencia predominante de las ponencias; pero es preciso no perder de vista la distancia que separa nuestro presente de la experiencia de los setenta, o de los treinta... Una rápida mirada sobre el pasado autoriza a ser escéptico sobre la posibilidad de intervención en la realidad latinoamericana desde las retiradas universidades estadounidenses; y aún para las más próximas, las circunstancias no son las más propicias para encauzar tales inquietudes.¹² Si con todo la intervención se realizara, sería de muy distinta naturaleza de las emprendidas en el siglo XX, cuando los debates entre *clerics* e “intelectuales comprometidos”, por lo tanto, “traidores a su misión”, se libraban en el marco de los programas ideológicos modernos y en escenarios de alta tensión político-social, cuando no bélicos.

Oleza describe las actuales formas de intervención del docente universitario español, extrapolables en gran medida a Latinoamérica, a propósito de las diferencias que percibe entre los claustros de su país y los de Estados Unidos (y a la vez proporciona la otra cara de la universidad franquista retratada por Beltrán Almería):

No despreciaría yo otro factor de diferenciación, de índole histórica. Desde finales de la guerra civil la Universidad ha jugado en España un papel de agente en el conjunto social, que todavía no ha concluido, sino que se renueva constantemente en el estado de las autonomías. El profesor puede ser un especialista, y únicamente un especialista, pero entre sus posibilidades se da también la de intervenir activamente a través de la política, el periodismo, la creación, la crítica literaria de actualidad, o en general el activismo cultural. Desde fuera, y como profesor visitante, a menudo he tenido la impresión de que en Estados Unidos, con una tradición de especialización mucho más asentada, con unas universidades arcádicas y autosuficientes, apartadas en muchos casos del gran entorno urbano, dotadas de formidables bibliotecas y de condiciones de trabajo privilegiadas, el profesor se convierte fundamentalmente, y salvo excepciones, en un *scholar*, un académico, diríamos aquí (Oleza, 2001: 6).

Es recomendable entonces no olvidar inscribir en el marco histórico correspondiente los debates sobre la función del intelectual, con lo que se evitará caer en monolitismos de nuevo cuño, que al tiempo que amplían el campo del saber lo restringen por otros flancos.¹³ Creo oportuno al respecto rescatar las reflexiones de Lasarte Valcárcel –que vienen a recordar las de Oleza y Said citadas en al comienzo de este trabajo– sobre las agrupaciones en buenos y malos del canon; o de la epistemología.

No abogo aquí por una recuperación nostálgica de la tradición crítica e historiográfica. (No soy afecto a héroes y estrellas). Pero tanto la instalación de una actitud judicial como la magnificación de la discusión teórica, cada vez más fuente de legitimación y poder intelectual, en este inicio de milenio, si bien ha redundado en un vuelco respecto de los modos de lectura tradicionales de la literatura y la cultura, la apertura hacia otros sujetos y espacios, la crítica de las instituciones y los poderes... también ha simplificado, a veces enormemente, los objetos del ejercicio, convertido en pretextos y caricaturas al servicio de la difusión de las nuevas teorías y políticas culturales. Probablemente tan sólo quiera reivindicar un anacronismo: un acercamiento crítico y actualizado

¹² El triunfo en las últimas décadas de los proyectos individualistas sobre los colectivistas es referencia imprescindible a la hora de analizar la intervención de las izquierdas en diferentes momentos históricos. Cfr. las apreciaciones de Jean-Robert Pitte, Presidente de la Sorbona: “Lo que une a todo el mundo en una casa como la Sorbona es el individualismo” (Gruskoin y Mir, 2004: 10).

¹³ No debe olvidarse por otra parte que autorizados especialistas han expresado su temor de que a través de la bien intencionada defensa del continente mestizo se agazape una nueva ingerencia imperial: “... en las Olimpiadas siempre ganan los mismos países, aunque para ello tuvieran que recurrir primero a los sectores más marginados de su población y ahora a atletas importados de sus antiguas colonias e inmediatamente naturalizados” (Zamora, 2002: 484). Otros son frontalmente críticos; entre ellos, Eduardo Subirats, quien se muestra severo detractor de lo que denomina “muros de contención intelectual” creados por la academia norteamericana (2006: 28).

pero menos arrogante al archivo y su lectura (Lasarte Valcárcel, 2006: 06-207).

9. Si la primera cuestión de la agenda sólo ha llegado de forma indirecta al ámbito de hispanismo, en cambio la segunda materia de debate tiene mayor resonancia: la puesta en duda de la validez del canon –que para los mentores de los estudios culturales ha de reemplazarse por un corpus abierto a las voces de las minorías y a todo objeto cultural que dé cuenta de subalternas identidades– constituye una fuerte embestida para la práctica dominante en las cátedras de literatura española, tratándose, como se ha dicho, de una tradición literaria poblada de títulos de abolengo.¹⁴

Pero el recelo de los estudios culturales hacia el canon se vuelve irrisorio si concierne a culturas de precaria centralidad como la española, cuyas obras están ausentes de los inventarios universales o, en caso de figurar en ellos, dejan la clara sensación de emanar de una lectura muy parcial, cuando no rudimentaria. El célebre “canon occidental” de Harold Bloom ha dado sobradas muestras de la marginalidad de la literatura hispanoamericana en el concierto de la cultura universal.¹⁵ Si lo que se sondea es el canon de la teoría y la crítica, el panorama es más desolador. Según recoge Andrés Zamora “*The Johns Hopkins Guide to Literary Theory and Criticism* ignora por completo en la larga lista de entradas recogidas (...) todos los nombres propios de los críticos y teóricos de estudios hispánicos, con la excepción de Ortega y Gasset” (2002: 475). En el mismo artículo añade, desde su visión de profesor español en una universidad de Estados Unidos, que en el actual concierto internacional, el castellano es una “lengua subalterna” y “vehículo de una subcultura” (2002: 483), en consecuencia, ocuparse de los textos “clásicos” es un gesto de afirmación de la subalternidad, no de sometimiento al etnocentrismo.

A esta altura es preciso volver a nuestro tema del hispanismo periférico, donde nuevamente la realidad es “otra”: del no muy vasto pero bien consolidado territorio de las literaturas españolas en nuestros planes de estudios surgen algunos beneficios. Si bien no disponemos de los cuantiosos recursos del norte, las letras de España están representadas en todas sus edades y en buen estado de salud –con las restricciones inevitables emanadas de las circunstancias ya descritas. Además, la particular realidad del hispanismo en nuestro medio académico, en conjunción con la tradición literaria argentina, nos permite trazar un mapa amplio e inclusivo de la literatura española, con entradas –mínimas, pero simbólicamente relevantes– en la literatura gallega, catalana y vasca sin la mala conciencia de la traición de la traducción, y sin tener que afrontar los conflictos de jurisdicciones que se darían en una facultad de España o Estados Unidos, donde existen asignaturas, cuando no departamentos, específicos para las literaturas no castellanas. Rosalía de Castro, Mercè Rodoreda o Bernardo Atxaga en la lengua del imperio se me podrá decir, pero también Faulkner, Molière, Dante... Pequeñas villanías de una cultura ultramarina que se construyó con préstamos, traducciones, intercambios múltiples. Por otra parte, el reconocimiento de las literaturas no castellanas no vulnera el lugar preferencial de la lengua materna, a pesar de viejos litigios, nuevos lenguajes de fusión y múltiples lenguas precolombinas. La historia y la tradición académica han confiado esos problemas a las cátedras de literatura latinoamericana o de lingüística.

Por último, aunque me he pronunciado contra la anatematización del canon y de la disciplina literaria, también he anticipado cierta convergencia con la apertura teórica de los estudios culturales para aceptar la itinerancia y transfiguración del discurso literario. Probablemente el mestizaje y las contaminaciones genéricas fundantes de la literatura de América Latina favorecen la demarcación de un corpus de literatura española menos canónico, paradójicamente exiguo y ampliado a la vez, en el que a veces se han anticipado cambios del parnaso más circunspecto de las instituciones españolas. Los hispanismos no peninsulares parecen ser más dúctiles y menos obedientes a la autoridad, más aún cuando el final del siglo XX sólo pudo constatar que la consagración de las obras depende de factores múltiples e inestables, como bien ha señalado Christian Wenzlaff en la conferencia pronunciada en este congreso. Su comentario sobre la prestigiosa *Historia y crítica de la literatura española* dirigida por Francisco Rico demuestra que una de las obras más influyentes de la especialidad, para seguir “construyendo canon” ha tenido que aceptar la imposibilidad de una sistematización única y distribuir la responsabilidad entre

¹⁴ Para parte de la crítica, la retracción de los departamentos no adscritos a la perspectiva cultural estaría ligada además a las mayores exigencias de los estudios clásicos, que requieren del estudiante unos conocimientos especializados de mayor complejidad y de las instituciones mayores inversiones (Schwartz, 2002).

¹⁵ Lo que molestó mucho a los críticos del ámbito hispánico cuando se publicó el libro de Harold Bloom es el hecho de que en el canon de Bloom que comprende veintiséis nombres figuren sólo tres autores de lengua española: Cervantes, Borges y Neruda (Wenzlaff-Eggebert, 2000: 27).

muchos.

En un momento histórico en que el canon tradicional es continuamente puesto en duda y modificado de acuerdo con importantes cambios sociales y sus consecuencias políticas, y en que la crítica literaria no sólo aumenta en volumen sino “envejece” rápidamente, un solo autor ya no puede asimilar y ordenar tanta información según criterios absolutos, estén estos derivados de un canon oficial o de juicios individuales y subjetivos (Wentzlaff-Eggebert, 2007).

En el juego de tensiones entre la expansión del campo tradicional de la literatura y los esfuerzos por conservarlo, no creo sea puro azar que varios estudios precursores sobre modalidades poco admisibles para el canon clásico a causa de sus registros, géneros o soportes “desnaturalizados”, hayan comenzado fuera de España, favorecidos quizás por la “ajenidad” a las rivalidades del campo intelectual español y por la lejanía de la autoridad de las instituciones más conspicuas, que se muestran moderadas a la hora de aceptar los cambios, provengan de un lado o del otro del océano.

Decidir qué sea literatura o no, es el primer paso hacia la formación/transformación del canon. La literatura hispanoamericana ha experimentado un gran desarrollo y reconocimiento internacional a partir del famoso *boom* novelesco; pero también ha visto aparecer, incluso consagradas por el premio Nobel, otro tipo de escrituras-testimonio que no tenían cabida a priori en los baremos canónicos establecidos. La tensión entre el éxito de recepción de ciertos textos y la resistencia académica a incorporarlos a los programas oficiales ha sido grande al menos en España; y demuestra la necesidad de modernizar el canon (Caballero Wangüemert, 2000: 63).

Oleza describe el mismo cuadro desde otro punto de vista: “El sistema de acceso a la Universidad, en España, con sus oposiciones y su vinculación casi familiar entre profesor y universidad de formación, tiende a asegurar una reproducción del conocimiento más acumulativa y estable, aunque también más conservadora” (Oleza, 2001: 5).

Un registro sumario –sin duda insuficiente y por eso mismo injusto– de aproximaciones realizadas por el hispanismo no peninsular a obras que fueron o son contracanónicas –acompañadas con frecuencia de operaciones críticas novedosas– arroja que un novelista iconoclasta como Juan Goytisolo¹⁶ fue abordado por López Baralt y Gould Levine, y en nuestro medio, por Porrúa. La literatura en soporte prensa de Francisco Umbral recibió pronta atención de Castellani y Genoud de Fourcade, así como Van Noortwijk se interesó por la pluma conceptista de Eduardo Haro Tecglen. Un género “plebeyo”, como la serie Carvalho de Manuel Vázquez Montalbán contó con los estudios de Resina y Colmeiro. Asimismo, un escritor tardíamente recuperado por causas hartamente conocidas, como Max Aub, despertó con anticipación el interés de Rodríguez Monegal y de Soldevila Durante desde Canadá. Pochat perseveró en el rescate de la obra del exilio republicano en Argentina, y por su parte, el campo de la poesía registra pioneras aproximaciones a Joan Manuel Serrat y Joaquín Sabina a cargo de Scarano y Marcela Romanos, cuando ambos cantautores no habían sido legitimados por un novelista y dos poetas en la cima de su prestigio. Por nuestra parte, en la Universidad Nacional de La Plata hemos dado lugar tempranamente a los nombrados, a quienes debe añadirse Juan Marsé, Manuel Vicent, Jorge Semprún, Rafael Azcona, cuyo nombre, de un tiempo a esta parte, aparece asiduamente en medios especializados. El gesto podría rastrearse también en la actitud del hispanista latinoamericano ante la tradición: ¿es casualidad que las muy actuales aproximaciones a Benjamín Jarnés, autor olvidado del 27, tengan punto de partida ineludible en un estudio de Emilia de Zuleta editado en 1977?

10. Resta aún breve espacio, insuficiente sin duda, para esbozar una hipótesis que sirva de cierre provisorio sobre la supervivencia de la literatura: es sabido que el efecto de la posmodernidad sobre la literatura es bifronte, desestabilizador y afirmante a la vez. Si por un lado ha minado las bases de los repertorios clásicos desplazando el foco hacia los textos marginales y sin legitimación, por otro ha tematizado y explorado los mundos otros que la experiencia literaria franquea, permitiendo al hombre contemporáneo vivenciar “la naturaleza mudable de Proteo” a través de infinitas vías de encarnarse en otro/s y huir de lo igual cotidiano, superando

...el hastiante parecido excesivo de mí conmigo mismo y de lo real con lo real, la tautología que

¹⁶ El autor de *Señas de identidad* constituye un caso singular de canonización seguida de una desacralización en su país con ritmo inverso al de su consagración internacional.

aburre y socava los deseos, la monotonía por la que yo soy yo, lo que es es lo que es, y el Otro es simplemente otro que yo, la identificación que funda el aburrimiento mortal de lo real en sí, sin fisuras ni velos (Moreno Márquez, 1994: 48).

Es probable que a esta altura, el curso de las reflexiones parezca desviarse del tema anunciado, sin embargo, el dilema no es ajeno a las controversias mencionadas. En un extremo de la palestra se sitúa la literatura de los estudios culturales, desmembrada en múltiples textos sin aura ni territorio, en el otro, campea una literatura recuperada como punto de fuga y fórmula para el reencantamiento del mundo. La postcolonial y multiétnica afirmación de la diferencia de los estudios culturales junto al posmoderno juego intersubjetivo.

Convergiendo o distanciándose, enzarzada en la querrela de los insignes y los marginados, la inestabilidad del “concepto literatura” en las sociedades pluriculturales renueva la vieja pregunta sobre su función.

Es obvio que la escapatoria hacia una historiografía literaria [se refiere al manual de Francisco Rico] que reparte los juicios críticos y la subjetividad que conllevan entre muchos y que asegura la cohesión entre estas apreciaciones mediante una introducción semejante a un informe, no se debe únicamente a la proliferación de los estudios literarios sino también a ciertas dudas acerca del papel de la literatura en las sociedades actuales (Wentzlaff-Eggebert, 2007).

En una tensión definida por concepciones desiguales, la disolución o el ajusticiamiento de la literatura en un polo y el celoso resguardo contra la heteronomía en el otro, creo posible construir un trayecto crítico afirmando la cualidad-otra del discurso literario sin que pierda su condición de “palabra en el tiempo”.¹⁷

Reparar cada uno de estos problemas desde un *locus* de enunciación periférico no equivale a una vindicación programática y esencialista del des-centramiento de la crítica hispánica en la América austral. Pero tampoco me conformaría la actitud opuesta: desertar de una alteridad constitutiva para evadir la dificultad y los peligros inherentes a la auto-reflexión. Se trata simplemente de pensar una identidad no mimética, reacia a transitar los caminos catastrales, predispuesta a reconocer y volver productivas las circunstancias objetivas que operan en la construcción de un discurso crítico, recordando la elemental evidencia de que el punto de mira influye en la percepción de un cuerpo. Es plausible entonces creer que la distancia, material y simbólica, puede iluminar zonas del objeto que permanecen en penumbra para la focalización del centro. Y es probable y deseable que en tales travesías se establezcan diálogos con viajeros del centro o de la periferia que no transitan rectamente por los caminos radiales. Y hasta pudiera suceder que la literatura, con sus múltiples máscaras e indumentarias, reeditara el episodio de “la carta robada”: estaba tan a la vista que sólo una mirada ajena, foránea, distanciada, pudo descubrirla.

¹⁷ Jorge Panesi realiza un sabio reconocimiento de las paradójicas travesías de la literatura hacia las actuales disciplinas que se ocupan del hombre, atraídas por su potencialidad discursiva. (Panesi, 2000: 76). Por su parte, Lasarte Valcárcel (2007) en este mismo congreso, ha abordado la cuestión, pero su movimiento es inverso: ante el abandono de la tradición letrada defiende el canon pero revisado mediante una lectura creativa: “No creo que se trate de hacer una defensa más o menos nostálgica del lugar privilegiado de la literatura, sino de retomarla críticamente en su valor como texto cultural que puede ser leído y releído, disputado, vuelto patas arriba, sacado de sí o restituido, cómo y cuantas veces se quiera, incluso si se trata de un texto canónico ‘ineficaz’, ‘inadecuado’, ‘políticamente incorrecto’, ‘muerto’”.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ, Federico (2002). "Retrato del hispanoamericanismo español", *Debats* 78: 30-37.
- BELTRÁN ALMERÍA, Luis (1995). "La filología hispánica en la encrucijada", *Quimera, Dossier sobre el Hispanismo* 139: 44-49.
- BOU, Enric (1993). "Entrevista a Edward W. Said. La razón de la discrepancia", *El País-Babelia*. 19 de junio: 14-15.
- CABALLERO WANGÜEMERT, María (2000). "Canon y corpus. Una aproximación a la literatura hispanoamericana", *Canon y poder en América Latina*. Christian Wentzlaff-Eggebert y Martín Traine (eds.), Köln, Centro de Estudios sobre España, Portugal y América Latina, 33-77.
- DELGADO, Luisa Elena (2004). "El hispanismo ensimismado", *Lateral. Revista de cultura* 109, enero: 10.
- DIEGO, José Luis de (2001). "Presentación de *Olivar*". *Olivar, Revista de literatura y cultura españolas* 2, 2: 255-257.
- DIEGO, José Luis de (2004). "El hispanismo en Argentina", *Olivar, Revista de literatura y cultura españolas* V, 5: 87-94.
- FERNÁNDEZ CIFUENTES, Luis (1995). "La filología hispánica en la encrucijada", *Quimera, Dossier sobre el Hispanismo*, 139: 37-43.
- FERNÁNDEZ DE ALBA, Francisco y Pedro Pérez del Solar (2006). "Hacia un acercamiento cultural a la literatura hispano-americana", *Iberoamericana*, VI, 21: 99-107.
- GRUSKONIN, Miguel y Pablo Mir (2004). "Jean-Rober Pitte", *La Nación*. 17 de noviembre: 1 y 10.
- LASARTE VALCÁRCCEL, Javier (2006). "De reducciones, perezas y sujetos académicos", *Katatay* II, 3/4: 202-207.
- LASARTE VALCÁRCCEL, Javier (2007). "El bebé y el agua de la bañera o ¿aún contra la literatura? (In)comodidades de las nuevas agendas", *Orbis Tertius* 12.
- LOUREIRO, Angel G. (1995). "Desolación y miseria del Hispanismo", *Quimera, Dossier sobre el Hispanismo* 139: 31-36.
- MACCIUCI, Raquel (2006a). "Borges, Cortázar, el galache y la gurupa sureña. Apostilla al debate sobre el (anti)hispanismo en Argentina", *Olivar, Revista de literatura y cultura españolas* 6, 7: 125-145.
- MACCIUCI, Raquel (2006b). "Literatura española de mar a mar". Introducción a *Del centro a la periferia. Discurso de la otredad en la narrativa española contemporánea*. Raquel Macciuci y Natalia Corbellini (eds.), La Plata, Al Margen, 11-50.
- MORAÑA, Mabel, ed. (2005). *Ideologies of Hispanism*, Nashville: Vanderbilt.
- MORENO MÁRQUEZ, César (1994). "El deseo del otro o la fascinación por Proteo". *Identidad y alteridad: aproximación al tema del "doble"*, Bargalló, Juan (ed.), 41-54.
- OLEZA, Joan (2001). "Teoría de la práctica, práctica de la teoría, o práctica teórica. Metaficciones galdosianas". Intervención en la Mesa de Debate del VII Congreso Internacional galdosiano. *Galdós y la escritura de la modernidad*. Lanzarote, 22 de marzo 2001. [HTTP://WWW.UV.ES/ENTRESIGLOS/OLEZA/PDFS/EDITAR.PDF](http://www.uv.es/ENTRESIGLOS/OLEZA/PDFS/EDITAR.PDF)
- PANESI, Jorge (2000). "Política y ficción o acerca del volverse literatura de cierta sociología argentina", *Críticas*, Buenos Aires, Norma, 65-76, 2ª ed.
- RIERA, Miguel (1994). "Contra todo simulacro. Entrevista con Eduardo Subirats", *Quimera* 128: 19-27.
- PASTORMERLO, Sergio (2006). "Borges, el *Quijote* y los cervantistas españoles", *Olivar, Revista de literatura y cultura españolas* 6, 7: 119-124.
- ROMANOS, Melchora (2004). "Procesos de construcción y evolución del concepto de Hispanismo desde la perspectiva de los estudios de Literatura española", *Olivar, Revista de literatura y cultura españolas* V, 5: 91-86.
- SCHWARTZ, Lía (2002). "De hispanismos, los siglos XVI y XVII y el olvido de la historia", *Ciberletras*, 2.
- SUBIRATS, Eduardo (2006). "La muralla china de Norteamérica", *Página 12*, 8 de febrero, 28.
- TOMÁS, Facundo (2007). "Crítica y compromiso teórico: el choque de culturas y los cristianismos", *Orbis Tertius* 12.
- TRIGO, Abril (2005). "Historia personal de los estudios culturales latinoamericanos. Una pregunta molesta", *Katatay* I, 1 /2, 112-131. [Versión de Trigo, A. (2000): "Why do I do Cultural Studies?". *Journal of Latin American Estudios Culturales* 9, 1: 73-93].
- WENTZLAFF-EGGEBERT, Christian. (2000) "Canon y poder. Finalidades del canon literario de Quintiliano a Harold Bloom", *Canon y poder en América Latina*, Christian Wentzlaff-Eggebert y Martín Traine (eds.), Köln, Centro de Estudios sobre España, Portugal y América Latina, 8-32.
- WENTZLAFF-EGGEBERT, Christian (2007). "La evolución de la historiografía literaria en los siglos XIX y XX y algunos planteamientos recientes para la sistematización de la historia de la cultura en Alemania". *Orbis Tertius*, 12.
- ZAMORA, Andrés (2002). "España: excentricidades y servidumbres culturales del viejo imperio", *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: El desafío de los Estudios Culturales*, Mabel Moraña (ed.), Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Universidad de Pittsburgh, Pittsburgh, 475-285, 2ª ed.
- ZULETA, Emilia de (2003). "Presentación de *Olivar* III. *Olivar* y el hispanismo argentino". *Olivar, Revista de literatura y cultura españolas* 4, 4: 245-247.